

Por el mundo

LAS HUMANIDADES DIGITALES Y LOS ESTUDIOS LITERARIOS¹

THE DIGITAL HUMANITIES AND LITERARY STUDIES

Martin Paul Eve
University of London at Birkbeck

Académico, escritor y programador informático. Es líder estratégico para la educación digital y Profesor de Literatura, Tecnología y Publicaciones en Birkbeck, Universidad de Londres. Fue profesor visitante de Humanidades Digitales en la Universidad de Sheffield Hallam desde 2019 hasta 2022. Anteriormente fue profesor de inglés en la Universidad de Lincoln, y tutor/profesor asociado en la Universidad de Sussex, donde completó su doctorado. Ha trabajado en políticas de acceso abierto en educación superior para distintos ámbitos. Es embajador del Plan S y cofundó la Open Library of Humanities. En 2020, fue elegido miembro de la Asociación Inglesa. Es también desarrollador de proyectos computacionales y de humanidades digitales.

Contacto: martin@eve.gd
ORCID: [0000-0002-5589-8511](https://orcid.org/0000-0002-5589-8511)
DOI: [10.5281/zenodo.10433401](https://doi.org/10.5281/zenodo.10433401)

¹ Bajo la autorización del autor, publicamos la “Introducción” y las “Conclusiones” de *The Digital Humanities and Literary Studies*, Oxford University Press, 2022. Traducción y Edición realizada por Leo Cherri y Julieta Vanney. La versión original puede encontrarse en <https://academic.oup.com/book/38925>.

Palabras que cuentan

Puede que se haya enterado o puede que no, pero en las dos últimas décadas ha surgido un movimiento secreto y peligroso en los departamentos de humanidades a lo largo y ancho del mundo. Me refiero a las llamadas “humanidades digitales” (o “HD” para los entendidos), que están acabando con toda la financiación convencional de las actividades humanísticas tradicionales, y que aportan un sombrío espíritu empresarial y una mentalidad tecnocrática sobre la lengua, la historia, los clásicos, la arqueología y cualquier otro espacio disciplinar que esté a su alcance. Aparentemente responsables de pervertir los fundamentos humanísticos del pensamiento crítico y sustituirlos por mentalidades tecnosolucionistas, las humanidades digitales están creciendo y prosperando ante nuestras narices y muchos ni siquiera parecen haberse dado cuenta del peligro. Como Roald Dahl escribió en su “Great Automatic Grammatizator”, necesitaremos “fuerza, Oh Señor”, para resistir a la máquina y al atractivo del capital y la tecnología. El narrador de Dahl pide valor para mantenerse puro en el arte por el arte, para resistir la atracción de la tecnología. Los críticos literarios contemporáneos también necesitarán fuerza para no rendirse ante la promesa de abundantes riquezas en el ámbito digital. Danos la fuerza, propone Dahl, para rechazar estas nuevas formas digitales, aunque eso implique “dejar que nuestros hijos mueran de hambre” (1986: 209).

Estoy bromeando un poco. Pero el estudio de la literatura con ayuda de computadoras es, sin duda, polémico. Los críticos se han burlado de los métodos digitales en los estudios literarios por ser: inútiles (no nos dicen nada que no supiéramos ya); triviales (contar la palabra “ballena” en *Moby-Dick* sólo puede decirnos una cosa: con qué frecuencia se utiliza la palabra “ballena” en *Moby-Dick*); neoliberales (la producción de software es el modelo de erudición propuesto por Silicon Valley); y simplemente erróneos (Brennan, 2017; Allington et al, 2016). Los defensores, por el contrario, se han pronunciado enérgicamente sobre las posibilidades de desarrollo de la historia literaria a gran escala más allá de las limitaciones que impone a la lectura la finitud de la vida humana; sobre cómo podemos entender mejor el género y la forma a través de la visualización y la espacialización; e incluso

sobre las nuevas perspectivas que tales métodos podrían aportar para repensar los supuestos teóricos básicos sobre la propia literatura.² Las humanidades digitales son ciertamente provocativas y generan divisiones.

Uno de los primeros malentendidos que demanda una respuesta reside en la equiparación de las “humanidades digitales” con los estudios digitales sobre literatura. El acercamiento a la literatura desde un enfoque digital no es lo mismo que “*las* humanidades digitales”. En efecto, como dice elocuentemente Eric Weiskott, “la tecnología digital no transforma el conocimiento de una sola forma, de manera programática, como tampoco lo hizo la tecnología de la imprenta” (2017). Por tanto, no nos podemos referir a las “humanidades digitales” de manera singular. Dado que estas tecnologías no trabajan de manera sistemática en el marco de una sola epistemología, ni de una sola forma homogénea sobre un único conjunto de objetos académicos, resulta necesario señalar que funcionan a través y dentro de diferentes espacios disciplinares. Historiadores, arqueólogos, clasicistas, estudiosos de los medios de comunicación, etnógrafos, teólogos y antropólogos podrían denominarse humanistas digitales del mismo modo en que lo hacen los infames defensores de la *distant reading* en los estudios literarios.³ Quienes hablan de humanidades digitales, en singular, suelen borrar con demasiada frecuencia la especificidad del trabajo disciplinar fuera de su propio campo. Los estudios literarios pueden encontrarse entre los mayores responsables de esta ofensa.

Este texto aborda específicamente cómo algunas preguntas de los estudios literarios pueden ser respondidas por los métodos computacionales y los análisis tecnológicos. Mi objetivo es ofrecer una introducción

² Para una selección, véase Lisa Samuels y Jerome J. McGann, “Deformance and Interpretation”, *New Literary History*, vol. 30, núm. 1 (1999), pp.: 25-56; Franco Moretti, *Graphs, Maps, Trees: Abstract Models for Literary History* (Londres: Verso, 2007); Stephen Ramsay, *Reading Machines: Toward an Algorithmic Criticism*, Topics in the Digital Humanities (Urbana, IL: University of Illinois Press, 2011); Franco Moretti, *Distant Reading* (Londres: Verso, 2013); Matthew L. Jockers, *Macroanalysis: Digital Methods and Literary History*, Topics in the Digital Humanities (Urbana IL: University of Illinois Press, 2013); Tanya E. Clement, “Text Analysis, Data Mining, and Visualizations in Literary Scholarship”, en *Literary Studies in the Digital Age: An Evolving Anthology*, 2013; Ray Siemens y Susan Schreibman, eds., *A Companion to Digital Literary Studies*, Blackwell Companions to Literature and Culture (Nueva York: Wiley-Blackwell, 2013); Melissa M. Terras, Julianne Nyhan y Edward Vanhoutte (eds.), *Defining Digital Humanities: A Reader* (Farnham: Ashgate Publishing, 2013); David M. Berry y Anders Fagerjord, *Digital Humanities: Knowledge and Critique in a Digital Age* (Cambridge: Polity Press, 2017); Andrew Piper, *Enumerations: Data and Literary Study* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 2018); Martin Paul Eve, *Close Reading With Computers: Textual Scholarship, Computational Formalism, and David Mitchell's Cloud Atlas* (Stanford, CA: Stanford University Press, 2019); Ted Underwood, *Distant Horizons: Digital Evidence and Literary Change* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 2019). Más adelante, pasaré a examinar con más detenimiento estas críticas.

³ Para más información sobre esto y una serie de ejemplos, véase Bond et al (2017).

y una visión general de las crecientes intersecciones entre los métodos digitales y los estudios literarios que sirva de punto de partida para quienes deseen saber más sobre las posibilidades y las limitaciones de las promovidas humanidades digitales en el ámbito literario. Este texto pretende poner en relación tanto a los defensores de las humanidades digitales como a sus detractores, con el objetivo de ofrecer una perspectiva justa y equilibrada sobre este controvertido tema. Este libro combina un enfoque introductorio con investigaciones literarias originales. El presente planteo, por lo tanto, deberá ser capaz de salvar la brecha entre los especialistas digitales más experimentados y los recién llegados. Dicho esto, aclaro mi posición: soy un entusiasta de las posibilidades que ofrecen los métodos digitales para los estudios literarios incluso reconociendo las ansiedades alrededor de su desarrollo.⁴

Muchos de los temores sobre las humanidades digitales también hacen hincapié con desdén en el término “*distancia*” –como la llamada *distant reading*, el estudio cuantitativo de textos literarios. Les preocupa que el uso de computadoras nos aleje aún más del placer de la lectura. *Mi* provocación consiste, en el marco de este debate, en considerar que estos métodos digitales pueden *acercarnos* a los textos literarios y ofrecernos un nuevo punto de vista para observar sus narraciones. Incluso, extendiendo esta idea a las contrapartes analógicas de los enfoques “digitales”, como la tabulación y la cartografía. Las *actividades* asociadas con la creación de bases de datos y artefactos digitales, aunque no se realicen digitalmente, pueden ser una nueva forma de acercarse a las obras literarias. Intento demostrar este argumento a través de novedosos estudios de casos que presento en el libro, pero también haciendo referencia a estudios realizados por otros.

Uno de los aspectos más interesantes de los estudios literarios es que, aunque en la actualidad son una asignatura básica de las humanidades en el Norte Global anglófono, en realidad no son tan antiguos. La disciplina disruptiva “English language and literature”, que alcanzó un lugar central en las universidades de todo el mundo en tan sólo siglo y medio, no por casualidad durante el auge del Imperio Británico, se fundó en 1828 en el University College London (Underwood, 2013: 81; Court, 1992; Graft, 1989). (Aunque, en particular, Birkbeck, la universidad hermana más antigua de la UCL, ya impartía estudios literarios en un contexto de educación

⁴ Este entusiasmo puede deberse a mi formación como programador informático. A la inversa, la ansiedad surge de mi posición dentro de los estudios literarios. Algunos podrían afirmar que mi defensa refleja el deseo de aportar al campo un conocimiento poco común de la cuantificación. ¿Será que estoy simplemente aportando una experiencia que tengo, pero que muchos otros no tienen, para cambiar para peor el antiguo campo de los estudios literarios? Por otro lado, también quiero señalar que he realizado muchos trabajos de crítica literaria no digital.

superior en 1823. Muchas instituciones escocesas también tenían textos literarios en sus planes de estudios antes de esa fecha). Con el tiempo, dicha disciplina ha sufrido muchas mutaciones y giros metodológicos. Además, y a pesar de las protestas de los historiadores revisionistas de nuestra asignatura, también existen desde hace tiempo profesionales cuantitativos en el espacio de los estudios literarios.

Por ejemplo, Vernon Lee, la famosa estudiosa de la estética de la época victoriana y edwardiana, abogó por un análisis cuantitativo de la literatura – un “experimento estadístico”– en su obra *The Handling of Words* (1923) tras un debate con Emil Reich (Dames, 2007: 188).⁸ La extensión de las matemáticas literarias a los enfoques computacionales también se produce en nuestra historia disciplinar bastante antes de lo que muchos creen. Dartmouth College, por ejemplo, ofreció a los estudiantes un módulo titulado “Análisis literario por computadora” en 1969.⁵ No cabe duda de que la vertiente cuantitativa de los estudios literarios –y su extensión a los modos computacionales– ha estado presente desde hace bastante tiempo.

Hay que reconocer que la era digital de acceso masivo a la computación y a Internet –por no hablar de los textos digitalizados– ha acelerado la presencia de este impulso cuantificador y ha traído para los estudios literarios un sinfín de nuevas posibilidades, pero también de desafíos. Uno de los motores ha sido la proliferación y el estudio de la literatura electrónica y de la electrónica en la literatura. Por ejemplo, Jessica Pressman examinó notablemente cómo muchas literaturas electrónicas contemporáneas –es decir, textos nacidos y publicados digitalmente aprovechando las posibilidades de la electrónica– reelaboran los textos modernistas para producir “críticas inmanentes sobre su contexto tecno-cultural” (2014: 156). Además, otros estudiosos conocidos como N. Katherine Hayles (2002) también han comenzado a estudiar la forma en que las novelas impresas contemporáneas funcionan como textos que emulan o anticipan las posibilidades de la literatura digital, como por ejemplo en *House of Leaves* (2000) de Mark Z. Danielewski (Pressman, 2006). Zara Dinnen también ha mostrado recientemente cómo las tecnologías digitales se han convertido en algo “banal” en la ficción contemporánea, haciéndonos “inconscientes de las formas en que estamos co-constituidos como sujetos con los medios de comunicación” (2018: 1). Estos enfoques de “sistemas de medios distribuidos” de la literatura electrónica, o de la literatura que nace y se lee en entornos electrónicos, son cada vez más importantes (Hayles, 2012: 212).

⁵ Ver Annette Vee “Literary Analysis by Computer”. Offered at Dartmouth, Winter 1969, Working with Paradise Lost. #1960sComputing, @anetv, 2017
<<https://twitter.com/anetv/status/919219418189660160>>.

Dicho esto, algunos comentaristas han insistido en que las humanidades digitales no deben “entenderse como el estudio de artefactos digitales, nuevos medios de comunicación o cultura contemporánea, en reemplazo de artefactos físicos, medios antiguos o cultura histórica” (Burdick et al, 2012: 122). No estoy totalmente de acuerdo con esta apreciación. En este libro, me centro en cómo los métodos digitales –los *methods of the medium*, tomando la expresión de Richard Rogers (2015: 1)– pueden aplicarse a la literatura, ya sea digital o impresa. Sin embargo, también me centro en cómo los medios digitales condicionan las posibilidades de esas literaturas. En otras palabras, en varios momentos de este libro leo artefactos digitales u obras que contienen elementos digitales, utilizando métodos críticos literarios más convencionales. Sin embargo, junto con esto, me centraré, naturalmente, en cómo las herramientas digitales pueden influir en esos artefactos literarios. Por necesidad, esto implica algunos límites de exclusión. *Todos* utilizamos ya tecnologías digitales en nuestro estudio de la literatura: el omnipresente Microsoft Word, por ejemplo. Sin embargo, no se puede decir que el uso de este tipo de software nos convierta en un humanista digital de la literatura.⁶

¿Qué preguntas?

¿Qué podríamos incluir en la retórica de los “métodos digitales” y qué clase de preguntas estos métodos pueden responder? Es innegable que se necesita un tipo particular de pensamiento “descomposicional” para hacer uso de los métodos digitales.⁷ Esto quiere decir que los métodos computacionales requieren de problemas que puedan ser divididos en pequeñas unidades abordables por hipótesis direccionadas y empíricamente verificables, a las que algunos trabajos de interpretación literaria no se adaptan.

Un ejemplo puede servir para ilustrar este pensamiento descomposicional (o computacional). Consideremos el género de los “consejos para escritores”. Esta forma parece casi tan antigua como la propia escritura, ya que Platón, en el *Fedro*, desaconseja el propio acto de escribir: “el que piensa en dejar un arte por escrito, y, de la misma manera, el que lo recibe, deja algo claro y firme por el hecho de estar en letras, rebosa de ingenuidad” (1988: 404). De hecho, los escritores siempre han tratado de aconsejar a otros escritores. Hace tiempo sospecho que los escritores que dan estos consejos son un tanto hipócritas y no hacen aquello que dicen.

Sin embargo, podríamos ir más allá y desglosar (descomponer) este problema ejemplar en componentes abordables, como he venido haciendo

⁶ Dicho esto, no pretendo adentrarme en el atolladero de la definición de las humanidades digitales, que se ha abordado ampliamente en publicaciones como Terras et al (2013)

⁷ Tomo prestada esta terminología de D. L. Parnas (1972: 6) y West (2004).

en trabajos recientes con Erik Ketzan. De hecho, no podemos valorar fácilmente algunos tipos de consejos. Si un escritor nos dice que la clave para escribir bien es “escribir todos los días”, o algo parecido, debemos creerle. Sin embargo, a veces los escritores (de manera imprudente) dan consejos que son más susceptibles de comprobación empírico. El escritor de novelas de terror Stephen King es un ejemplo de ello. En sus memorias publicadas en el año 2000, *On Writing*, King dice al lector “el adverbio no es tu amigo” (2012: 138). Al parecer King excluye los adverbios temporales y las frases adverbiales de su escritura (2012: 140). En este caso, un conjunto de problemas abordables o descompuestos para el análisis computacional podría ser: ¿con qué frecuencia Stephen King utiliza adverbios? ¿Esto cambiado a lo largo de su carrera a medida que madura su escritura? (cf. Blatt, 2017). En términos generales, con muchas salvedades que no abordaré aquí, pero como se muestra en la Figura I.1, la respuesta a esta última pregunta es: sí. Lo que el crítico haga a continuación con esta conclusión sigue siendo una cuestión de interpretación. Sin embargo, es innegable que este método nos permite ver algo de un texto que antes desconocíamos.⁸

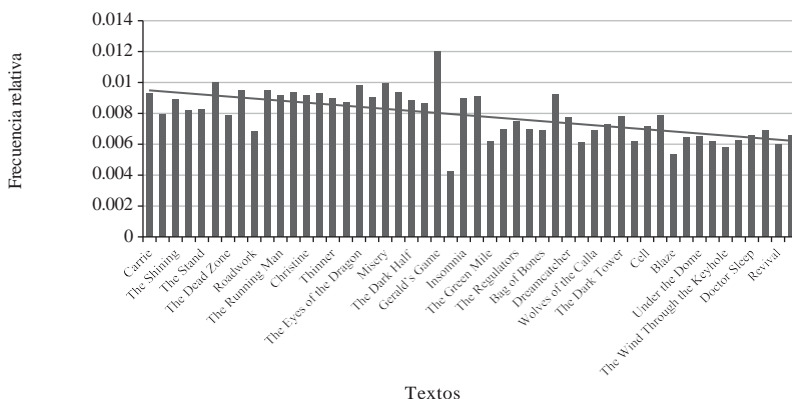


Figura I.1 Frecuencias relativas de adverbios a lo largo de la carrera de Stephen King, excluidos los adverbios temporales y las frases adverbiales, utilizando el modelo Stanford PoS tagger english-left3words-distsim con un margen de error aproximado del 3%. Este gráfico ha sido coproducido con Erik Ketzan.

⁸ Extraje este resultado de un *work in progress* que estoy realizando con Erik Ketzan.

¿Necesitaba una computadora para obtener el resultado de la figura I.1? Podría haber leído secuencialmente las novelas de Stephen King, marcando los adverbios apropiados y llevando un recuento. Sin embargo, esto probablemente me hubiera llevado varios meses, sino años, de tedioso y repetitivo trabajo de lectura, simplemente para responder a una pregunta empírica básica. El enfoque computacional utilizado aquí no supuso una diferencia de *tipo*, sino una diferencia de *escala*, *grado* y *velocidad*. En estos casos, los métodos digitales en los estudios literarios orbitan alrededor de cuestiones tales como repetición, escala y velocidad/tiempo.⁹

De hecho, la compensación específica que se hace en las formas de la así llamada “*distant reading*” –métodos computacionales para examinar textos– se ubica entre resolución y tiempo. Hay un 3% de margen de error en el proceso de etiquetado de los textos en mi experimento sobre las novelas de Stephen King. Es decir, por cada 100 palabras procesadas, aproximadamente tres serán clasificadas erróneamente. Esto significa que en el caso de *Salem’s Lot*, por poner un ejemplo, aproximadamente 353 adverbios de mi lista podrían no serlo. También significa que el sistema pasó por alto otros adverbios que estaban mal etiquetados. Es decir, perdí la resolución y la precisión que proporciona la lectura real a costa de ganar varios meses para otras actividades y, aun así, sigo intentando definir a *grosso modo* cuán equivocados pueden llegar estar mis resultados. Dicho esto, no hay ninguna garantía que si hubiera emprendido un ejercicio de lectura manual intentando etiquetar adverbios no habría incurrido también en un número comparable de errores, omitiendo algunos adverbios y atribuyendo incorrectamente otros.

En esta situación particular, puede ser que el margen de error sea demasiado alto para sacar una conclusión sólida sobre el consejo de Stephen King. Tal vez la única respuesta sea leer las obras “como es debido” (aunque, como ya se ha dicho, cualquier tarea de catalogación repetitiva de este tipo también es propensa al error humano). Sin embargo, muchos de los problemas de escala con los que tienen que lidiar los estudios literarios digitales no pueden resolverse mediante prácticas de lectura tradicionales. Supongamos, por ejemplo, que se desea comentar la ficción contemporánea de un solo año y sus tendencias generales. Pero no me refiero a la ficción premiada de un solo año, sino a *toda* la ficción. Tomemos como ejemplo el año 2015. ¿Cuánto tendría que leer un investigador para poder sostener alguna afirmación, con absoluta certeza, sobre las tendencias generales de toda la ficción inglesa publicada en dicho año? Según Bowker, en 2015 se publicaron casi 220.000 novelas en inglés. Estimando que la

⁹ Para ampliar este tema ver Jay Jin, “Problems of Scale in ‘Close’ and ‘Distant’ Reading”, *Philological Quarterly*, vol. 96, num. 1, pp. 105–29, 2017.

esperanza de vida humana es de unos 71 años, según las cifras de la Organización Mundial de la Salud, habría que leer diez novelas al día, todos los días a partir de los diez años, sólo para haber leído toda la ficción inglesa publicada en 2015 (Fredner, 2017; Eve, 2019).

Los métodos computacionales para el estudio de la literatura no son, pues, una mera consecuencia de la capacidad técnica. Por el contrario, también responden a críticas específicas sobre la formación del canon. En un mundo en el que ni siquiera es posible leer toda la ficción en inglés publicada en un solo año, los cánones a los que dedicamos nuestro tiempo son necesariamente limitados, pero por ello mismo también están sesgados. La tarea de filtrar los títulos a los que prestar atención suele estar delegada en los premios literarios y en los procesos de selección interna de las grandes casas editoriales. Sin embargo, ésta no es una base sólida para examinar la literatura de cualquier época. Con estas limitaciones, “no leer”, como dice Lisa Marie Rhody, se ha convertido en “el sucio secreto a voces de todos los críticos literarios” (2017: 659). Entre los polos de la atención detallada a un canon limitado y el vacío de ser incapaz de leerlo todo se sitúan los métodos digitales a los que nos dedicaremos en este texto.

*

Aunque lo anterior pudo haber pintado un panorama esperanzador sobre cómo los métodos digitales podrían ayudarnos con el empirismo literario a gran escala, existen muchos retos para nuestra disciplina debido al trabajo que suponen de las humanidades digitales. Uno de ellos está relacionado con el desarrollo de herramientas. Digamos que, en lugar de escuchar los consejos de King sobre los adverbios, hubiera tomado como objeto de mi investigación su consejo sobre los símiles (2012: 208-9). He aquí una pregunta razonable y descompuesta sobre este tema: “¿con qué frecuencia utiliza símiles Stephen King en comparación con un corpus similar de escritores estadounidenses?”. Sin embargo, resulta que la detección y el estudio computacional de los símiles es un problema complicado con bajos índices de precisión (Naculac y Yaneva, 2013; Mpouli, 2016). Desarrollar las herramientas que permitirían que esto funcione a cualquier escala llevaría años de desarrollo de software en cooperación con informáticos y lingüistas. Aunque podría tener aplicaciones más generales, este proceso de desarrollo probablemente llevaría más tiempo que la lectura manual del material; un ejemplo del tipo de compromiso temporal que debe tenerse en cuenta en cualquier desarrollo de software.

Se me ocurre otra pregunta bien descompuesta que imagino que podríamos responder con enfoques computacionales: ¿las novelas generan patrones similares de respuestas afectivas a lo largo de sus arcos narrativos? Es decir, ¿comparten las novelas patrones argumentales comunes que crean flujos emocionales similares en los lectores? Ésta es precisamente una de las preguntas a las que Matt Jockers ha intentado dar respuesta con su programa *synzhet*, que trata de mapear el sentimiento dentro de los textos literarios. Una vez más, sin embargo, se trata de una tarea computacional difícil que la mayoría de los estudiosos de la literatura no podrían ni siquiera empezar a realizar.¹⁰ En este sentido, la adopción de métodos digitales en los estudios literarios plantea un problema de capacidad de trabajo y de conocimiento del campo.

Otro elemento problemático para los métodos computacionales en los estudios literarios es la disponibilidad legal de los propios textos.¹¹ Para realizar cálculos sobre un texto, como si fueran datos, se necesita una copia digital de la obra literaria. Esto puede parecer trivial en la era del Kindle de Amazon. Sin embargo, la versión necesaria para la mayoría de los métodos digitales es una edición en texto plano, libre de las tecnologías de gestión de derechos digitales (DRM, por sus siglas en inglés). En EE.UU. y el Reino Unido, eliminar el DRM de un archivo protegido es un delito penal, no “sólo” una ofensa civil. Esto significa que no se puede obtener el permiso para eliminar el DRM de un archivo digital, incluso por parte del titular de los derechos, más allá de si hacerlo es técnicamente fácil. Muchos académicos que trabajan en estudios literarios digitales parecen ignorar esta situación legal por conveniencia y, aunque no consignen las fuentes de su trabajo, esto representa una posición ética y jurídica difícil. Dicho esto, hay dos factores atenuantes. En primer lugar, gran parte de los trabajos de humanidades digitales se realiza sobre material literario histórico no protegido por derechos de autor (aunque esto aun requiere el acceso a una versión libre de DRM, lo que no puede presumirse). En segundo lugar, el Centro de Investigación HathiTrust¹² –un vasto archivo de 16,7 millones de artículos– ha ampliado el acceso a material que aún está protegido por derechos de autor para investigaciones no-consuntivas [*no-*

¹⁰ Ver, por ejemplo, Jockers (2014, 2015, 2017), Swafford (2015a y b) y Schmidt (2016).

¹¹ Una vez más, agradezco a Erik Ketzan que me llamó la atención este asunto.

¹² HathiTrust Digital Library, “HathiTrust Research Center Extends Non-Consumptive Research Tools to Copyrighted Materials: Expanding Research through Fair Use”, *Perspectives from HathiTrust*, 2018. <<https://ischool.illinois.edu/news-events/news/2018/10/hathitrust-research-center-extends-non-consumptive-research-tools>>.

consumptive].¹³ Se trata de un cambio positivo y trascendental que construye una defensa legal amparándose en la legislación estadounidense sobre derechos de autor, y que amplía enormemente el acceso a material que de otro modo no estaría disponible.

Por último, y en relación con la génesis de las literaturas electrónicas, los estudios literarios digitales con frecuencia quedan encallados en las rocosas costas de la evaluación. Los conjuntos de datos, los gráficos, las líneas de tiempo interactivas, los programas informáticos y otros artefactos digitales no suelen ser reconocidos como productos académicos válidos dentro de las disciplinas humanísticas. Un tipo de “práctica de diseño” se sitúa en el núcleo de este tipo de trabajo, que no se parece necesariamente al trabajo en los estudios literarios (Burdick et al, 2012). Esto conduce esencialmente a una situación en la que se fuerza a aquellos que realizan trabajos digitales a constreñir sus resultados a través de formas existentes y reconocidas para la evaluación, la contratación, la promoción y la titularidad de puestos (Dunn, 2014). Incluso el hecho de que los estilos de citación normalmente requieran la referencia a un *número de página* codifica, dentro de un localizador de recursos, una *supuesta forma de publicación*. Los medios impresos siguen estando firmemente entronizados en el centro de estas prácticas de citación. Para contrarrestar esta situación, las sociedades científicas han formulado una serie de principios de evaluación para los estudios digitales, aunque su adopción sigue siendo lenta (cfr. Nowviskie, 2011; American Historical Association, 2015; Jamali et al, 2016; Moore, 2017). En el centro de este desafío para los estudios literarios digitales, sin embargo, yace una ansiedad mucho más profunda, un acto de examen de conciencia por parte de nuestra disciplina. Esta postura introspectiva exige preguntarnos: ¿son los estudios literarios digitales *realmente* estudios literarios? ¿Deberían los estudiosos de la literatura producir datos, códigos y gráficos, y... deberían obtener una recompensa por esto? Y, finalmente, esto nos conduce a preguntarnos: ¿es este nuevo modelo una *amenaza* para nuestra disciplina y su evolucionado estado de práctica?

Las humanidades digitales y sus descontentos

¿Cómo podemos entender una doble lógica en la que el trabajo de los estudios literarios digitales es a la vez tan poderoso como para desplazar a los humanistas tradicionales, amenazando con absorber totalmente a la disciplina, mientras que al mismo tiempo son tan poco comprendidos que

¹³ Nota de traducción: el término hace referencia a un consumo distinto de los textos, no en términos de lectura humana (lo que sería un *consumptive use*), sino en términos de datos a través de herramientas computacionales.

necesitan ser suplementados por la publicación tradicional? ¿Cómo es posible que algunos consideren el trabajo digital en las humanidades como un camino seguro hacia la obtención de financiamiento y la titularización de cargos, pero, al mismo tiempo, como algo “arriesgado”, en palabras de Kathleen Fitzpatrick (2011) y Mark Sample (2012)?¹⁴

De hecho, como ya he insinuado, no todo el mundo está contento con el auge de las humanidades digitales o los estudios literarios digitales. El actual ascenso de las tecnologías digitales junto con la racionalidad política conocida como neoliberalismo ha hecho que muchos desconfíen profundamente de la agenda digital. Daniel Allington, Sarah Brouillette y David Golumbia llegan incluso a afirmar que:

Las políticas y las instituciones neoliberales valoran el trabajo académico que produce resultados inmediatamente utilizables por la industria y que produce graduados formados para los requisitos actuales del lugar de trabajo comercial. [...] Al proporcionar un modelo para la enseñanza y la investigación en humanidades que parece superar estas limitaciones percibidas, las Humanidades Digitales han jugado un rol destacado en la reestructuración corporativista de las humanidades. [...] A pesar de sus afirmaciones explícitas, las Humanidades Digitales *no* se centran en el uso de metodologías digitales o cuantitativas para responder a las preguntas de investigación en humanidades. Se trata, por el contrario, de la promoción del aprendizaje basado en proyectos y la investigación de laboratorio por encima de la lectura y la escritura, el cambio de imagen del empleo inseguro en el campus por una elección empoderada de carrera “*alt-ac*”¹⁵, y la redefinición de la experiencia técnica como una forma (de hecho, la forma superior) de conocimiento humanista (Allington et al, 2016).

El neoliberalismo probablemente se defina mejor como un modo de economía política que surgió a partir de la década de 1980 en el que la economía como lógica social dominante produce un desencantamiento de la política (Brown, 2015 y 2019; Davies, 2014). Bajo dicha lógica, la economía debe constituir la base de todas las decisiones estatales. El propio Estado se limita a garantizar que se cumplan las condiciones para el intercambio de mercado, incluso cuando el propio Estado debe funcionar con una lógica de mercado: el Estado bajo la supervisión del mercado, como decía Michel Foucault (2008: 116).

¹⁴ Partes de esta sección aparecieron en Martin Paul Eve, “Violins in the Subway: Scarcity Correlations, Evaluative Cultures, and Disciplinary Authority in the Digital Humanities”, en *Digital Technology and the Practices of Humanities Research*, editado por Cambridge. Jennifer Edmonds (Cambridge: Open Book Publishers, 2019).

¹⁵ Nota de traducción: el término “Alt-ac” se refiere a los puestos que no son *tenure-track* o, incluso, ni si quiera están enfocados en la docencia, sino que realizan trabajos administrativos o de gestión académica con extensión en investigación.

Dentro de esta definición, se vislumbra cómo las humanidades digitales pueden parecer neoliberales. Si el neoliberalismo es el desencanto de la política por la economía, entonces los métodos digitales para estudiar la literatura aparecen como el desencanto de la literatura por las computadoras. Además, en opinión de Allington, Brouillette y Golumbia, las estructuras laborales de las humanidades digitales son su peor aspecto. Pues en la posición privilegiada de los saberes tecnocráticos, que supuestamente se ubican por encima de las epistemologías humanistas, ellos ven una réplica de patrones sociales más amplios de precariedad en el marco de las humanidades digitales. (Aunque observo que el estudio material de los textos, por ejemplo, ha tenido durante mucho tiempo un interés tecnocrático en, digamos, los procesos de fabricación de los libros). No es mi objetivo aquí refutar sistemáticamente los argumentos de Allington, Brouillette, y Golumbia, que se mueven entre ataques específicos a la Universidad de Virginia, la Fundación Andrew W. Mellon, y declaraciones más amplias sobre el trabajo y el neoliberalismo, pero sólo señalaré que me parece extraño creer que los estudios literarios digitales producirán “hallazgos inmediatamente utilizables por la industria”. Parece realmente optimista pensar que, por ejemplo, los hallazgos a gran escala sobre la historia del género literario o la representación de género utilizando métodos computacionales, serán instantáneamente “monetizables”, por utilizar una palabra de moda.¹⁶ Otra de las críticas que se hacen a los estudios literarios digitales en este mismo artículo –pero que se repite en otros– es que los enfoques digitales implican “el desplazamiento de la investigación y el activismo políticamente progresistas en favor de la fabricación de herramientas y archivos digitales”. Es decir, la afirmación aquí es que los estudios literarios digitales suponen un formalismo apolítico, en el mejor de los casos, e inmoral en el peor, que opera en detrimento de modos de la crítica-política ahora considerados convencionales dentro de la disciplina. Una de las réplicas más obvias a tal afirmación, aunque penosa, es señalar que los efectos políticos de la crítica literaria son, con frecuencia, exagerados. Ciertamente, podemos afirmar que Aime Cesaire, Frantz Fanon, Judith Butler, entre muchos otros en el campo de los estudios postcoloniales y de género, han dejado un legado político duradero. Sin embargo, aunque no estoy totalmente de acuerdo con su polémica exhortación a abandonar la crítica, Rita Felski tiene razón cuando escribe que, en general, la crítica y la sospecha en los estudios literarios son “menos heroicas y más monótonas y rutinarias de lo que podríamos pensar” (2015: 47). La rutinización y normalización de la crítica en los estudios literarios puede haber atenuado su poder.

Dicho esto, es difícil sobredimensionar la influencia que la teoría crítica ha tenido en los departamentos de literatura de todo el mundo. El MacCabe Affair, en el Reino Unido, es un buen ejemplo del nivel de disrupción que los paradigmas teórico-literarios han generado en los departamentos anteriormente

¹⁶ Véase por ejemplo Ted Underwood, “The Life Cycles of Genres”, *Journal of Cultural Analytics*, vol. 1, núm. 1 (2016). <<https://doi.org/10.22148/16.005>>.

formalistas. En este caso, se le negó a Colin MacCabe un puesto como titular en la Universidad de Cambridge por su apoyo a los enfoques teóricos —una noticia que, increíblemente, llegó a la portada del periódico *The Guardian* (Mulhern, 1981: 27-8; Morgan y Baert, 2015). Algunos comentaristas temen que las humanidades digitales presagien una suerte de retorno de ciertas posturas apolíticas y formalistas anteriores de las disciplinas humanistas.

También cabe señalar que esta crítica a la apoliticidad de lo digital puede aplicarse a cualquier otra obra de crítica literaria estético-formalista. La crítica literaria se ha movido mucho tiempo entre los enfoques estéticos y temáticos que utilizan lecturas políticas. Ciertamente, la evidencia empírica que aportan los enfoques digitales suele ser formalista. Sin embargo, lo que importa es lo que uno hace con ella.¹⁷ Como Lisa Gitelman expresa hábilmente, siguiendo a Geoffrey C. Bowker, “los datos brutos son un oxímoron” (2013: 1). La importancia política, o no, del trabajo digital depende del uso que uno haga de las palabras en una página, ya sea si fueron filtradas a través de una computadora o si se leen a ojo. Por último, si la crítica es que lo apolítico (o incluso inmoral) es el *tiempo* dedicado a crear herramientas, se podría decir exactamente lo mismo de cualquier tipo de lectura/pensamiento/toma de notas o procedimiento metodológico para el estudio de la estética. Cualquier tipo de actividad crítico-literaria requiere un nivel de trabajo de base que contribuya a ponerle punto final a una discusión. Cuando se trata de trabajo digital, no obstante, parece haber un nivel adicional de crítica.

Sin embargo, en los últimos años se ha producido un crecimiento explosivo del volumen de estudios que relacionan las humanidades digitales y la ética. Por ejemplo, entre los trabajos recientes más importantes se encuentran *Race After Technology: Abolitionist Tools for the New Jim Code* (Press, 2019) de Ruha Benjamin. En este libro, Benjamin sostiene que los prejuicios raciales se inscriben repetidamente en los algoritmos bajo el manto de la objetividad, un fenómeno que ella denomina “el nuevo código Jim”, en referencia al nombre informal del sistema de segregación de los Estados Unidos. Igualmente importante es *Black Software: The Internet and Racial Justice, from the AfroNet to Black Lives Matter* de Charlton D. McIlwain, que traza la historia de una vanguardia que “demuestra cómo la población negra se ha apropiado de una tecnología que no se diseñó originalmente teniendo en cuenta nuestras preocupaciones” y, al mismo tiempo, muestra “cómo la tecnología informática se construyó y desarrolló para mantener a la América negra dócil y en su lugar” (2020: 7). Además, *Data Feminism* de Catherine D’Ignazio y Lauren F. Klein, es una denuncia condenatoria de cómo la desigualdad de género está inscrita en las culturas del *big data* que impregnan nuestras sociedades. Sin embargo, más que un simple diagnóstico del problema, D’Ignazio y Klein ofrecen un poderoso marco crítico para que aquellos que trabajan examinando cómo se utilizan los datos computacionalmente puedan corregir este desequilibrio.

¹⁷ Para un ejemplo del uso de enfoques *data-driven* con un fin ético véase Richard Jean So, *Redlining Culture: A Data History of Racial Inequality and Postwar Fiction* (Nueva York: Columbia University Press, 2020).

Hay otras obras en la intersección de las humanidades digitales y la ética que merecen un examen más detenido. La primera es *New Digital Worlds: Postcolonial Digital Humanities in Theory, Praxis, and Pedagogy* de Roopika Risam, una obra que fusiona dos corrientes de investigación relevantes. La primera es el conocido paradigma de los estudios poscoloniales, en el que se demuestra que “los fundamentos de los estudios literarios y la historiografía –ya sean anglófonos, francófonos, hispanófonos o lusófonos– están inextricablemente vinculados al auge del colonialismo europeo” (2018: 25). La segunda es el tema de este libro: las humanidades digitales. El nuevo campo de las “humanidades digitales poscoloniales” que plantea Risam explora la relación de la práctica digital “con las intersecciones de raza, género, clase, nación, sexualidad, capacidad y otros ejes de identidad y opresión”. Se trata de un campo que “presta atención a la política y a la teoría que subyacen en la creación de conocimiento que despejen el espacio dando lugar a nuevos modos de pensamiento que pongan en primer plano lo particular sobre lo universal y lo local sobre lo global en la producción del registro cultural digital” (2018: 30).

Quizás una de las observaciones más astutas del libro de Risam se encuentra en su analogía entre la programación y la literatura en tanto comparten un esfuerzo común por la “creación de mundos”. Esto puede parecer extravagante, pero muchos libros sobre el estudio de la programación, como *Object Thinking* de David West, publicado por Microsoft, destacan que la programación orientada a objetos (POO) es, como mínimo, una forma de *modelar* el mundo. Para Risam, siguiendo a Matthew Kirschenbaum, la cuestión es que, si “el programador se convierte en el creador del mundo, encargado de definir las reglas y las características del mundo”, los enfoques digitales presentan peligros y oportunidades. Los peligros consisten en que esta “acertada descripción de la programación pone de manifiesto la dinámica colonial de la producción de conocimiento” y puede acabar “reproduciendo las hegemonías del mundo ‘real’”. La oportunidad que plantea Risam es un conjunto de mundos digitales que no caigan presos de este “riesgo de repetición”. ¿Podría tratarse de mundos, se pregunta, “que imaginen nuevas formas de resistencia a través de la producción de conocimiento digital”? (2018: 33-4).

El trabajo de Risam también es muy bueno a la hora de deshacer las primeras historias utópicas de Internet y la cibercultura. Como señala, el optimismo inicial de estudiosos como Frank Biocca, Larry McCaffery y Michael Benedikt estaba fuera de lugar. En palabras de Risam, ellos veían Internet “como un espacio de libertad y creación que existe al margen de las iniquidades de la experiencia vivida” (36).¹⁸ Sin embargo, como han señalado posteriormente estudiosos de los nuevos medios como Wendy Chun, Anna Everett y Lisa Nakamura,

¹⁸ Se refiere a Larry McCaffery, “Introduction: The Desert of the Real”, en *Storming the Reality Studio: A Casebook of Cyberpunk and Postmodern Science Fiction* (Durham: Duke University Press, 1991); Frank Biocca, “Communication Within Virtual Reality: Creating a Space for Research”, *Journal of Communication*, vol. 42, núm. 4 (1992), <<https://doi.org/10.1111/j.1460-2466.1992.tb00810.x>>; Michael Benedikt (ed.), *Cyberspace: First Steps* (Cambridge: MIT Press, 1994).

la representatividad poblacional de este espacio democrático es más baja de lo que nos gustaría. El “espacio supuestamente democrático de Internet” ha dado lugar a la falsa noción de que “Internet es incorpóreo y está protegido de las desigualdades sociales”, una afirmación claramente falsa que se refleja en el racismo replicado de, por ejemplo, la inteligencia artificial y el reconocimiento facial (36).

“¿Dónde está la crítica cultural en las humanidades digitales?” se preguntaba Alan Liu en 2012. Su crítica era que “las humanidades digitales están perdidas en acción en la escena de la crítica cultural”, descuidando la inflexión reflexiva vista en otros campos adyacentes, como los nuevos *Media Studies*. Sin embargo, me gustaría aventurar que, si bien este movimiento ha tardado en llegar, proyectos como el de Risam extienden dicho movimiento de las humanidades digitales hacia áreas valiosas del discurso crítico y demuestran que ha habido figuras que reflexionaron sobre esta área durante algún tiempo.

Un segundo ámbito en el que observamos un aumento de las intersecciones éticas es el de la historia cultural digital. Aunque no pertenece estrictamente al ámbito puramente literario, se trata de un campo en plena expansión. En particular, los recientes trabajos de Marie Hicks se han centrado en cómo las mujeres formaban el núcleo duro de los primeros operadores y trabajadores informáticos, pero fueron borradas de estos papeles cuando surgió una “industria” informática oficial. Esto, por supuesto, tiene profundas implicaciones para la forma en que la informática se ha extendido por todo el mundo y ha generado repercusiones, diría yo, para la forma en que consideramos la adopción de las tecnologías digitales en el espacio de los estudios literarios. A modo de antecedente, cabe señalar –como hace Hicks– que el término “*computer*” se refería originalmente a una persona. En concreto, se refería a una mujer empleada para realizar cálculos. En la década de 1940, el manejo y la programación de computadoras se consideraba un trabajo de mujeres, pero en la década de 1960, a medida que la informática ganaba importancia e influencia, los hombres desplazaron a las miles de mujeres que habían sido pioneras en un campo de trabajo feminizado, y el campo adquirió una distinguida imagen masculina” (Hicks, 2018: 1).

El estudio de Hicks es quizás más valioso por el hecho de que, si bien es un estudio de un área tecnológica de desarrollo, su principal objeto de atención se centra en las condiciones sociales que rodean el desarrollo de la computación. Es decir, no es el desarrollo de la tecnología lo que interesa a Hicks, sino cómo el campo replicó el privilegio social a pesar de la participación temprana de las mujeres. De hecho, Hicks distingue una fase regular de feminización al principio del desarrollo de muchas nuevas tecnologías: “un patrón histórico familiar que aparece desde la fabricación textil hasta la mecanografía”. Esto no ocurrió en el cambio de la informática a los componentes electromecánicos, principalmente porque los sistemas educativos privilegiaron el acceso masculino a las computadoras como juguetes del futuro y asumieron que había un interés natural entre los varones por la informática y sus tecnologías asociadas.

Hicks también señala, sin embargo, contextos nacionales específicos que contribuyen a la desigualdad de género en la industria informática. El caso británico presenta un ejemplo de “una iniciativa gubernamental *top-down* para informatizar” que vino acompañada de una “discriminación estructural explícita” en, por ejemplo, las estructuras salariales relativas al género del servicio civil británico. La modernización de las tecnologías no viene acompañada, tal vez de manera evidente, de avances sociales afines.

Indirectamente, sin embargo, la sexualidad también contribuye a la división sexual del trabajo en el contexto británico. El supuesto en el que se basaba gran parte de la jerarquía británica del valor del trabajo era que un hombre, en tanto sostén de hogar, tenía que ganar lo suficiente para mantener a una familia nuclear. Por el contrario, se suponía que las mujeres que trabajaban no tenían las mismas “necesidades” salariales y, por lo tanto, todo el sistema de remuneración estaba estructurado para pagar menos a las mujeres que a los hombres. Esta asunción, en otras palabras, partía de la base de que todas las mujeres además de ser heterosexuales, se casarían y, por tanto, serían proveídas por un hombre. De modo que, en este caso, es imposible separar la sexualidad asumida de los roles de género.

Por supuesto, Hicks no es ni mucho menos la única persona que ha estudiado el estatuto de género del trabajo en el entorno informático. Los trabajos de Jennifer Light (1999), Jean Jennings Bartik (2013), Nathan Ensmenger (2010) y Janet Abbate (2012), entre otros, constituyen el contexto en el que se inscribe este estudio más reciente. Podríamos considerar más a fondo, también, a Margot Lee Shetterly, autora de *Hidden Figures: The American Dream and the Untold Story of the Black Women Mathematicians Who Helped Win the Space Race* (New York: William Morrow and Company, 2016)., actualmente una gran película de Hollywood.

Sin embargo, en última instancia, el trabajo de Hicks tiene su recompensa. La narrativa que traza se enfoca en la caída de la industria informática británica, al menos en parte debido a sus políticas salariales y laborales basadas en el género. También nos da una pausa para reflexionar sobre la naturaleza crítica del surgimiento del trabajo de género en la informática en la Segunda Guerra Mundial y las instalaciones de descifrado de códigos en Bletchley Park. Mientras escribo en 2021, el mundo se enfrenta a la pandemia del coronavirus COVID-19, un momento de crisis comparable en su perturbación a las dos guerras mundiales del siglo pasado. Me atrevería a apostar que un programa de reconstrucción tecnológica de la economía será clave para muchas estrategias gubernamentales tras esta catástrofe. Queda por ver si aprendemos las lecciones del estudio de Hicks a la hora de reproducir estructuras laborales socialmente desiguales en el espacio digital.

Sin embargo, volviendo a la intersección de estas dos primeras críticas conjuntas de las humanidades digitales —que las humanidades digitales son neoliberales y que las humanidades digitales son apolíticas— hay una tercera: que los estudios literarios digitales son inútiles. Timothy Brennan articuló esto de manera más aguda en su artículo en *Chronicle of Higher Education*, titulado “The Digital Humanities Bust” (2017), refrán común con el que casi cualquiera que haya

trabajado en humanidades digitales estará familiarizado. Para Brennan, algunas de las interpretaciones que derivan de los estudios literarios digitales, provienen de aquello que los investigadores ya sabían de antemano. Esto significa, en su opinión, que “las conclusiones no necesitan los datos y, en consecuencia, son un tanto inútiles”.

Sin embargo, hay cuatro argumentos distintos que pueden esgrimirse contra esta crítica. El primero es que las prácticas digitales requieren una validación a nivel micro para poder ampliarse. Expando este tema en el último capítulo de este libro, pero basta decir que si se está desarrollando un programa informático que comprueba determinadas propiedades de los textos literarios, es necesario conocer las conclusiones con las que se empieza. De lo contrario, no podemos testear que un programa funciona de la manera esperada con textos que no leímos. Validar que los modelos informáticos llegan a las mismas conclusiones que los lectores humanos es la única forma de demostrar que un modelo informático puede ser útil a escalas superiores a la humana. La segunda respuesta es que esta crítica puede aplicarse a la mayoría de las obras de crítica literaria que realizan interpretaciones. Al fin y al cabo, las palabras estaban antes en la página. El conocimiento crítico literario es un tipo de desenterramiento del contenido latente que siempre fue obvio, *después del hecho*. Por eso la crítica literaria puede tener tanto poder: porque hace retroactivamente que algo oculto parezca obvio. La tercera respuesta a este argumento es que hay un curioso utilitarismo en su premisa. ¿Desde cuándo los estudios literarios deben tener un “sentido” o una “razón de ser”? ¿Desde cuándo le exigimos a la crítica literaria que sea útil? De hecho, este tipo de insistencia utilitarista –que los estudios literarios digitales ofrezcan algo útil, con un propósito y que apunten a algo– se encuentra en una curiosa tensión con la afirmación de que las humanidades digitales son neoliberales. ¿Hay alguna forma, entonces, de que los estudios literarios digitales puedan ganar esta discusión?¹⁹ Si producen un resultado útil, se les tacha de utilitaristas y neoliberales. Si se realiza un trabajo sin sentido, se dice que no son lo suficientemente útiles.

La cuarta, última y más contundente refutación al argumento de que las humanidades digitales no pueden decirnos nada nuevo es que tal afirmación simplemente no es cierta. Los métodos digitales pueden desenterrar nuevas pruebas que anulen el consenso crítico. Es en esta área de impugnación donde los estudios literarios digitales suelen tener mejores resultados; me refiero a esos momentos en los que el discurso computacional interactúa con preceptos críticos literarios comúnmente sostenidos y los desarma.

Hay una última y poderosa crítica a los “estudios literarios computacionales” realizada en 2019 por Nan Z. Da que tampoco puede ser ignorada: que muchos de los hallazgos de los enfoques cuantitativos, estadísticos y digitales para el estudio de la literatura son, de hecho, erróneos e inexactos. Nan Z. Da

¹⁹ Agradezco a Ted Underwood por esta observación.

pasó más de dos años rastreando datos de trabajos que utilizaban métodos digitales para estudiar la literatura con el fin de demostrar que sus hallazgos son irreplicables y, en algunos casos, drásticamente malinterpretados.

Hay algunos puntos del artículo de Da que merecen ser destacados. En primer lugar, Da considera que los estudios literarios computacionales poseen estándares más elevados que los enfoques literarios convencionales. Como lo expresó Alan Liu, en la crítica literaria se hacen constantemente afirmaciones cuantitativas sobre el arte, tales como “Wordsworth utiliza mucho la palabra ‘alegría’ en poemas importantes como “Tintern Abbey”, “evidencia de este tipo subyace en gran parte de los estudios literarios”, lo que nos regresa a una *close reading*. En otras palabras, para Liu, la crítica de Da a las formulaciones cuantitativas de los estudios literarios está desigualmente distribuida. Se centra en lo digital, cuando los enfoques digitales intentan “hacerlo, si no correctamente, al menos mejor”.²⁰ Esto no quiere decir, por supuesto, que no debemos criticar las imprecisiones en los estudios literarios digitales/computacionales. Sigue siendo importante hacerlo y Da ha prestado un gran aporte al señalar algunos errores en la literatura secundaria (aunque algunos destinatarios de su crítica sostienen que fueron malinterpretados).

El segundo, y curioso punto, es que el artículo de Da es extremadamente crítico con la financiación que supuestamente reciben los enfoques digitales. Esta crítica contiene elementos de una polémica anti-HD ahora común: las humanidades digitales están enormemente bien financiadas en comparación con otras áreas de las humanidades. Sin embargo, la dotación para 2019 de 155.000.000 de dólares de la National Endowment for the Humanities de EE.UU. contenía tan solo un 2,97% (4.600.000 dólares) dedicado a las humanidades digitales (y ni siquiera corresponde a estudios literarios digitales). Además, este dinero no se utiliza para pagar software/infraestructura, como se afirma implícitamente en el artículo (Da señala que la mayor parte del software es gratuito/de código abierto), sino para el trabajo de investigadores y desarrolladores. Tal vez sea justo hacer un comentario sobre la asignación de fondos por parte de las humanidades digitales (aunque no es tan grande como otros afirman). Pero resulta desconcertante ver a personas que abogan por destinar menos dinero al estudio de objetos de investigación humanística. Tal vez no se trata de un llamado a la reducción general de fondos, sino más bien a la reasignación en detrimento de los enfoques digitales, como si dicho financiamiento fuera un juego de suma cero. Esto, sin embargo, impulsa el mismo juego competitivo que criticamos en otros lugares, enfrentando a supuestos aliados entre sí, en lugar de trabajar de forma concertada para garantizar un futuro mejor para todas las humanidades.

²⁰ El Twit de Alan Liu apunta: ‘e.g. (generic example): “Wordsworth uses ‘joy’ a lot in important poems like “Tintern Abbey”. Evidence of that sort underlies much of literary studies, going back to close reading. Let’s compare the statistical validity of _that_ to DH’s attempt to make it, if not right, better”, @alanyliu, 2019 <<https://twitter.com/alanyliu/status/1106109232661725185>> .

Por último, la obra de Da tiene enormes implicaciones infraestructurales que, en otras disciplinas, ya se están abordando a través de la retórica de las crisis de reproducibilidad y replicación. Como se preguntaba Alan Thomas, profesor de la University of Chicago: “¿hasta qué punto son realistas para autores y editores las recomendaciones de Da de trabajar con datos completos y software reproducible?”²¹ En la actualidad esto es posible. Podemos alojar la mayoría de estos artefactos en diversos repositorios que garantizan su preservación y que cuentan con identificadores estables. Realmente la pregunta es: ¿durante cuánto tiempo queremos poder reproducir un hallazgo? Se trata de una pregunta por el uso y no sólo por la conservación. Es cierto que podemos disponer de bits y bytes durante mucho tiempo. Pero ¿cómo se interpretan? En las disciplinas humanísticas, la vida media de los trabajos es larga y es posible que se quiera validar un trabajo realizado, por ejemplo, hace seis años. ¿Qué garantía tengo de que el software escrito hace seis años siga funcionando en el sistema operativo más reciente? ¿Podríamos abrir los archivos creados hace quince años por el procesador de texto de dicho software –quizá la herramienta más común–?

El otro reto es que el término “datos” significa en realidad “cosas”. Los datos pueden ir desde una diminuta representación CSV de una hoja de cálculo hasta terabytes de información. Decir a editores y archiveros “por favor, ¿puedo depositar mis ‘datos?’”, cuando el espectro de lo que pueden contener es tan amplio, es un problema. Esto se debe a que existe una escasez económica subyacente a todos los sistemas de preservación digital, como ha sostenido durante años el destacado experto en preservación digital David S. H. Rosenthal. Parte de esta escasez consiste en una preselección para evitar que todos los recursos sean consumidos por un solo proyecto, por ejemplo. Sin embargo, la exigencia generalizada de que todos los datos y programas informáticos estén disponibles a lo largo de decenios para su reproducción y repetición sólo será viable mientras los estudios literarios digitales sigan siendo un nicho pequeño. Cuando estos formatos y estas estructuras de datos sean hechos a medida y personalizados para proyectos específicos, el problema será aún mayor. Existe una relación casi directamente proporcional entre el carácter confidencial de un artefacto digital y la dificultad de conservarlo. Estos son algunos de los retos que se plantean a los estudios literarios digitales.

¿Qué nos han aportado los estudios literarios digitales?

A pesar de los detractores y los desafíos, este libro está dedicado a explorar las contribuciones que los estudios literarios digitales han hecho, siguen haciendo y parece que harán en el futuro. El formato de la obra es una fusión de ejemplos originales –como en la sección anterior sobre Stephen King– y estudios de trabajos innovadores en este campo.

²¹ Alan Thomas, “Here Are the First of Nan Z. Da’s Suggested Guidelines for Peer Review of Computational Literary Studies, from Her Critique of the Field in @CriticalInquiry. How Realistic for Authors and Publishers?”, @alnthomas, 2019 <<https://twitter.com/alnthomas/status/1106616795534934016>>.

El libro sigue cuatro líneas diferentes que se corresponden con los capítulos: “Autores y escritura”; “Espacio y visualización”; “Lugares y mapas”; y “Distancia e historia”. A modo de cartografía, esbozo aquí la ruta conceptual que seguirá el resto de este volumen.

En cuanto a “Autores y escritura”, abordo dos preguntas que han sido centrales en la teoría literaria a lo largo del último medio siglo: “¿qué es un texto literario?” y “¿qué es un autor?”. De hecho, la disciplina universitaria de los estudios literarios nunca ha conocido con exactitud su objeto de estudio, lo que explica en parte la existencia de prácticas académicas tan diversas en los departamentos de literatura. ¿Qué significa entonces que un texto sea particularmente “literario”? ¿Lo sabemos? ¿Existe algún aspecto discernible dentro del propio lenguaje que denote que una obra es literaria? Hay formas de empezar a abordar estas cuestiones a través de enfoques digitales.

Quizás haya un área de trabajo en los estudios literarios digitales que, en mi recorrido, recibe menos atención de la que merece: la producción de ediciones textuales digitales utilizando el estándar TEI de la *Textual Encoding Initiative*. Este formato XML se utiliza ampliamente para representar textos digitales, por ejemplo, en la edición textual. Al mismo tiempo, el consorcio TEI ya ha documentado ampliamente la gama de proyectos que utilizan este estándar: desde *Inscriptions of Roman Tripolitania* hasta el *Darwin Correspondence Project and beyond*. Aunque no concedo mucho espacio aquí al TEI, esto se debe a que se podría dedicar (y se ha hecho) un libro entero a este estándar y, aun así, sería insuficiente para abarcar todo su terreno.²² Baste decir que la edición textual digital aporta un enfoque textual intenso del mismo modo que la edición convencional; sus prácticas son todo lo contrario a la del “distanciamiento”.

Este libro no puede abarcarlo todo. Es imposible no omitir una gran cantidad de trabajos valiosos de un estudio cuando se escribe dentro de los límites de un libro más corto y estoy seguro de que muchos lectores cuestionarán las selecciones que he hecho. No obstante, mi objetivo es ofrecer una visión general del panorama de los estudios literarios digitales contemporáneos, apuntando hacia amplias áreas de investigación, aunque inevitablemente deba eludir muchos aspectos específicos.

Conclusiones

Los estudios literarios digitales no son nuevos. Los académicos, escribe Ted Underwood, “llevan más de cincuenta años aplicando la informática a los textos literarios”. Además, como también señala Underwood, los métodos digitales no se parecen a la lucha entre estructuralismo y postestructuralismo, en la que un paradigma intentaba desplazar al otro (2019: 9). La *distant reading* y la *close reading*

²² Para más información, recomiendo el libro de próxima publicación de Christopher Ohge, *Inventions of the Text: Editing, Computing, and Publishing Digital Exhibitions of Experience* (Cambridge: Cambridge University Press, 2022).

pueden coexistir en armonía, aunque la primera implica una nueva escala para pensar la historia literaria más allá de las periodizaciones existentes.

La amenaza, por tanto, de los estudios literarios digitales es quizás hasta cierto punto exagerada. Sin embargo, estos métodos plantean desafíos a quienes han pasado toda su carrera formándose en periodizaciones. ¿Qué significa ser “modernista” si un conjunto de métodos cuantitativos –aparentemente científicos y más allá del reproche objetivo– demuestran la existencia de continuidades estilísticas con periodizaciones que antes parecían exactas o concretas? El miedo a la redundancia en los estudios literarios no es sólo un temor entre quienes no pueden “hacer” humanidades digitales. También es un temor a que las propias con las que los académicos se identifican, como “modernistas”, “victorianistas”, o “romántistas”, puedan ser en sí mismas redundantes. No es sólo una amenaza de redundancia epistémica. Es una amenaza de redundancia ontológica. Afortunadamente, la ontología de cómo estudiamos la literatura puede y debe reordenarse a medida que encontramos nuevos hechos e interpretaciones sobre el terreno. El estudio de la literatura debería, sin duda, ordenarse en función de las verdades sobre el registro literario, más que en función de paradigmas y pragmáticas institucionales. Sin embargo, esta reordenación difícilmente se producirá de forma inmediata. Tampoco es probable que se produzca de forma generalizada. El conflicto entre un pragmatismo institucional y la verdad es siempre un compromiso, sobre todo cuando se enseña literatura a estudiantes universitarios en fragmentos de un trimestre.

Sin embargo, hay cosas valiosas que podemos aprender de los enfoques digitales de los estudios literarios. Por un lado, estos métodos suelen reintroducir el empirismo en el corazón de la erudición literaria. Es decir, pueden alejarnos del borde de la teorización y la elaborada argumentación para centrarnos *en el propio texto*. Estos métodos se han agrupado bajo el término “crítica descriptiva” [*descriptive criticism*], que incluye “por un lado, los métodos descriptivos que enaltecen la materialidad –lectura superficial, nueva ecocrítica materialista– y, por otro, los que enaltecen los datos –*distant reading*, análisis computacional–” (House, 2020: 2).

Al parecer, gran parte del debate reciente ha intentado demostrar que la descripción y la interpretación son dos polos opuestos que “en cierto modo se excluyen mutuamente”, como dice Cannon Schmitt (2016). Sin embargo, sin centrarse en las especificidades textuales –y su corrección mediante la descripción crítica, en datos o narrativa–, las interpretaciones carecen de fundamento. Sin interpretación, los hechos y las descripciones crítico-literarias se convierten, entonces, en poco más que recuentos sinópticos secundarios. La base de datos y la narrativa pueden ser, según la famosa notación de Lev Manovich, opuestas entre sí.²³ Sin embargo, uno de los retos de la escala y la abstracción de los enfoques basados en datos, como modelos empíricos de crítica literaria, es la dificultad de su verificación o refutación. Si yo escribiera que la señora Dalloway no dijo que ella misma compraría las flores, es fácil para un crítico señalar las

²³ Ver *The Language of New Media* (Cambridge, MA: MIT Press, 2002), capítulo 5.

pruebas que contradicen mi afirmación. Los errores de hecho en la escala crítica convencional son fáciles de refutar. En cambio, refutar el análisis computacional y la recopilación de datos requiere amplios conocimientos de métodos estadísticos y enfoques computacionales; por lo general, será mucho más difícil para un crítico literario con formación convencional.²⁴ Incluso ha habido cuestionamientos filosóficos recientes sobre el ideal mismo de la reproducibilidad causal en los procesos computacionales, reintroduciendo la contingencia en la ecuación y agitando el espectro de lo que David M. Berry ha empezado a llamar el “giro de la explicabilidad”.²⁵ Este “giro” representa un enfoque crítico sobre la idea de que podemos “explicar” cómo los procesos algorítmicos llegan a sus juicios y lo que significa tener fe en tales explicaciones.

Sin embargo, las grandes apuestas de la *distant reading* y su verificación —o no— son sólo la parte más visible y polémica del continuo crecimiento de las prácticas digitales en el ámbito de los estudios literarios, como espero que este libro haya demostrado. Desde la cartografía hasta la filología, los métodos digitales pueden proporcionar modos auxiliares para la comprensión de los textos literarios. De hecho, casi todos los textos literarios comienzan su vida en un entorno virtual. Por lo tanto, es lógico que terminen su ciclo vital siendo estudiados en el mismo ámbito. Ahora bien, ¿todo el mundo *tiene que ser* un humanista digital? Por supuesto que no. Sin embargo, cada vez será más difícil ignorar los nuevos tipos de pruebas que las prácticas digitales pueden aportar a las disciplinas de los estudios literarios. Las preguntas estadísticas empezarán, con el tiempo, a entrar en el léxico de los comentarios sobre los trabajos de estudios literarios. Sería prudente que nuestras disciplinas comiencen a pensar en qué tipo de habilidades podría necesitar una nueva generación de académicos para hacer uso de tales conocimientos.

Pero ¿no está todo esto muy lejos de *la lectura*, la razón crucial por la que la gente estudia literatura? ¿Acaso la interacción computacional con la ficción no nos aleja, en lugar de acercarnos, a los libros?²⁶ Como en toda crítica literaria, el estudio de las formas estéticas, su composición y su política pueden alejarnos del texto. Se produce así, en la mayoría de los análisis literarios, una especie de efecto de extrañamiento en el que el texto debe hacerse *otro* de lo que era a primera vista. Por ejemplo, apreciar el uso del lenguaje en un texto a menudo debe significar desvincularse de la inmersión en un mundo ficticio. Ver el texto *como texto* y no como mundo forma parte del entrenamiento de la *close reading* convencional. Los enfoques computacionales nos ofrecen otros mecanismos de

²⁴ Este es el argumento que sostiene Da, a saber: que gran parte de la crítica computacional es, de hecho, errónea.

²⁵ Ver M. Beatrice Fazi, *Contingent Computation: Abstraction, Experience, and Indeterminacy in Computational Aesthetics* (Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2018); David M. Berry, “The Explainability Turn: Critical Digital Humanities and Explanation”, 2020. <https://dh2020.adho.org/wp-content/uploads/2020/07/603_TheExplainabilityTurnCriticalDigitalHumanitiesandExplanation.html>

²⁶ El reemplazo de “ficción” por “libro” es, en este caso, deliberado. Para más, ver Julia L. Panko, *Out of Print: Mediating Information in the Novel and the Book, Page and Screen* (Amherst: University of Massachusetts Press, 2020).

alienación que pueden permitirnos comprender las obras literarias con mayor detalle. Estos métodos pueden mostrarnos las historias literarias a gran escala dentro de las cuales están situadas las obras individuales y pueden hablarnos de las funciones invisibles de esos textos singulares. Sin embargo, estos bucles de alienación no nos impiden acercarnos a la ficción. Los métodos digitales, por el contrario, pueden ofrecernos una vía para contemplar un texto de nuevo, viendo con ojos nuevos lo que siempre se ha podido saber, pero que nunca antes había sido calculable. Los métodos digitales nos permiten revalorizar las obras literarias y apreciar de nuevo los textos a la luz de nuevos conocimientos.

Bibliografía

- ABBATE, JANET. *Recoding Gender: Women's Changing Participation in Computing*. Cambridge: MIT Press, 2012.
- ALLINGTON, DANIEL; SARAH BROUILLETTE Y DAVID GOLUMBIA. “Neoliberal Tools (and Archives): A Political History of Digital Humanities”, *Los Angeles Review of Books*, mayo 2016. <<https://lareviewofbooks.org/article/neoliberal-tools-archives-political-history-digital-humanities>>.
- AMERICAN HISTORICAL ASSOCIATION. “Guidelines for the Professional Evaluation of Digital Scholarship by Historians”, *American Historical Association*, 2015. <<https://www.historians.org/teaching-and-learning/digital-history-resources/evaluation-of-digital-scholarship-in-history/guidelines-for-the-professional-evaluation-of-digital-scholarship-by-historians>>.
- BARTIK, JEAN. *Pioneer Programmer: Jean Jennings Bartik and the Computer That Changed the World*. Editado por Jon T. Rickman and Kim D. Todd. Kirksville: Truman State University Press, 2013.
- BLATT, BEN. *Nabokov's Favorite Word Is Mauve: What the Numbers Reveal About the Classics, Bestsellers, and Our Own Writing*. Nueva York: Simon & Schuster, 2017.
- BOND, SARAH E., HOYT LONG Y TED UNDERWOOD. “‘Digital’ Is Not the Opposite of ‘Humanities’”, *The Chronicle of Higher Education*, 1 nov. 2017. <<http://www.chronicle.com/article/Digital-Is-Not-the/241634>>.
- BRENNAN, TIMOTHY. “The Digital-Humanities Bust”, *The Chronicle of Higher Education*, octubre 2017. <<https://www.chronicle.com/article/the-digital-humanities-bust>>.
- BURDICK, ANNE ET AL. *Digital Humanities*. Cambridge, MA: MIT Press, 2012.

- DA, NAN Z. "The Computational Case against Computational Literary Studies", *Critical Inquiry*, vol. 45, núm. 3, 2019. <<https://doi.org/10.1086/702594>>.
- DAHL, ROALD. "The Great Automatic Grammatizator", *Someone Like You*. Harmondsworth: Penguin, 1986.
- DAMES, NICHOLAS. *The Physiology of the Novel: Reading, Neural Science, and the Form of Victorian Fiction*. Oxford: Oxford University Press, 2007.
- DAVIES, WILLIAM. *The Limits of Neoliberalism: Authority, Sovereignty and the Logic of Competition*. Thousand Oaks, CA: Sage, 2014. See also Brown, Wendy. *Undoing the Demos: Neoliberalism's Stealth Revolution*. New York: Zone Books, 2015. -. *In the Ruins of Neoliberalism: The Rise of Antidemocratic Politics in the West*. New York: Columbia University Press, 2019.
- DINNEN, ZARA. *The Digital Banal: New Media and American Literature and Culture*. Nueva York: Columbia University Press, 2018.
- DUNN, SYDNI. "Digital Humanists: If You Want Tenure, Do Double the Work", *Vitae*, 2014. <<https://chroniclevitae.com/news/249-digital-humanists-if-you-want-tenure-do-double-the-work>>.
- ENSMENGER, NATHAN. *The Computer Boys Take Over: Computers, Programmers, and the Politics of Technical Expertise*. Cambridge: MIT Press, 2010.
- EVE, MARTIN P. *Close reading with computers: textual scholarship, computational formalism, and David Mitchell's Cloud atlas*. Stanford: Stanford University Press, 2019.
- FITZPATRICK, KATHLEEN. "Do 'the Risky Thing' in Digital Humanities", *The Chronicle of Higher Education*, 2011. <<http://www.chronicle.com/article/Do-the-Risky-Thing-in/129132/>>.
- FOUCAULT, MICHEL. *The Birth of Biopolitics: Lectures at the Collège de France, 1978–79*. Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2008.
- FRANKLIN E. COURT. *Institutionalizing English Literature: Culture and Politics of Literary Study, 1750-1900*. Stanford, CA: Stanford University Press, 1992.
- FREDNER, SEE ERIK. "How Many Novels Have Been Published in English? (An Attempt)", *Stanford Literary Lab*, 2017. <<https://litlab.stanford.edu/how-many-novels-have-been-published-in-english-an-attempt>>.
- GITELMAN, LISA (ed.). "Raw Data" *Is an Oxymoron*. Cambridge: MIT Press, 2013.
- GRAFF, GERALD. *Professing Literature: An Institutional History*. Chicago, IL: University of Chicago Press, 1989.
- HAYLES, N. KATHERINE. *How We Think: Digital Media and Contemporary Technogenesis*. Chicago, IL: University of Chicago Press, 2012.

- . *Writing Machines*, Mediawork Pamphlet. Cambridge, MA: MIT Press, 2002.
- HOUSER, HEATHER. “Shimmering Description and Descriptive Criticism”, *New Literary History*, vol. 51, núm. 1, 2020). <<https://doi.org/10.1353/nlh.2020.0000>>.
- JAMALI, HAMID R., DAVID NICHOLAS Y ETI HERMAN. “Scholarly Reputation in the Digital Age and the Role of Emerging Platforms and Mechanisms”, *Research Evaluation*, vol. 25, núm. 1, 2016. <<https://doi.org/10.1093/reeval/rvv032>>.
- JOCKERS, MATTHEW L. “A Novel Method for Detecting Plot”, 2014. <<http://www.matthewjockers.net/2014/06/05/a-novel-method-for-detecting-plot/>>.
- . “Requiem for a Low Pass Filter”, 2015. <<http://www.matthewjockers.net/2015/04/06/epilogue>>
- . “Resurrecting a Low Pass Filter (Well, Kind Of)”, 2017. <<http://www.matthewjockers.net/2017/01/12/resurrecting/>>.
- KING, STEPHEN. *On Writing: A Memoir of the Craft*. Londres: Hodder, 2012.
- LIGHT, JENNIFER S. “When Computers Were Women”, *Technology and Culture*, vol. 40, núm. 3, 1999.
- LIU, ALAN. “Where Is Cultural Criticism in the Digital Humanities?”, en *Debates in the Digital Humanities*. Editado por Matthew K. Gold. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2012. <<https://dhdebates.gc.cuny.edu/read/untitled-88c11800-9446-469b-a3be-3fdb36bfb1e/section/896742e7-5218-42c5-89b0-0c3c75682a2f>>.
- MARIE HICKS. *Programmed Inequality: How Britain Discarded Women Technologists and Lost Its Edge in Computing*. Cambridge: MIT Press, 2018.
- MCILWAIN, CHARLTON D. *Black Software: The Internet and Racial Justice, from the AfroNet to Black Lives Matter*. New York: Oxford University Press, 2020.
- MOORE, SAMUEL ET AL. “Excellence R Us: University Research and the Fetishisation of Excellence”, *Palgrave Communications*, núm. 3, 2017. <<https://doi.org/10.1057/palcomms.2016.105>>.
- MORGAN, MARCUS Y PATRICK BAERT. *Conflict in the Academy: A Study in the Sociology of Intellectuals*. London: Palgrave Macmillan, 2015.

- MPOULI NJANGA SEH, Suzanne Patience. *Automatic Annotation of Similes in Literary Texts*. Tesis Doctoral. París: Université Pierre et Marie Curie—Paris VI, 2016.
- MULHERN, FRANCIS. “The Cambridge Affair”, *Marxism Today*, March 1981.
- NICULAE, VLAD Y VICTORIA YANEVA. “Computational Considerations of Comparisons and Similes”, *51st Annual Meeting of the Association for Computational Linguistics Proceedings of the Student Research Workshop*. Sofia, Bulgaria: Association for Computational Linguistics, pp. 89–95, 2013. <<http://www.aclweb.org/anthology/P13-3013>>
- NOWVISKIE, BETHANY. “Where Credit Is Due: Preconditions for the Evaluation of Collaborative Digital Scholarship”, *Profession*, 2011. <<https://doi.org/10.1632/prof.2011.2011.1.169>>.
- PARNAS, D. L. “On the Criteria To Be Used in Decomposing Systems into Modules”, *Communications of the ACM*, vol. 15, núm. 12, 1972-
- PLATÓN. “Fedro”, *Diálogos*. v. III. Trad. C. García Gual, M. Martínez Hernández, E. Lledó Iñigo. Madrid: Gredos, 1988.
- PRESSMAN, JESSICA. *Digital Modernism: Making It New in New Media*. Nueva York: Oxford University Press, 2014), p. 156.
- . “House of Leaves: Reading the Networked Novel”, *Studies in American Fiction*, vol. 34, núm. 1, pp. 107–28, 2006. <<https://doi.org/10.1353/saf.2006.0015>>.
- RHODY, LISA MARIE. “Beyond Darwinian Distance: Situating Distant Reading in a Feminist *Ut Pictura Poesis* Tradition”, *PMLA*, vol. 132, núm. 3, pp. 659-67, 2017.
- RISAM, ROOPIKA. *New Digital Worlds: Postcolonial Digital Humanities in Theory, Praxis, and Pedagogy*. Evanston: Northwestern University Press, 2018.
- RITA FELSKI. *The Limits of Critique*. Chicago: University of Chicago Press, 2015.
- ROGERS, RICHARD. *Digital Methods*. Cambridge, MA: MIT Press, 2015.
- SAMPLE, MARK. “Tenure as a Risk-Taking Venture”, *Journal of Digital Humanities*, vol. 1, núm. 4, 2012. <<http://journalofdigitalhumanities.org/1-4/tenure-as-a-risk-taking-venture-by-mark-sample>>.
- SCHMIDT, BENJAMIN M. “Do Digital Humanists Need to Understand Algorithms?”, en *Debates in the Digital Humanities*. Ed. por Matthew K. Gold and Lauren F. Klein. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 2016. <<http://dhdebates.gc.cuny.edu/debates/text/99>>.

- SCHMITT, CANNON. "Interpret or Describe?", *Representations*, vol. 135, núm. 1, 2016. <<https://doi.org/10.1525/rep.2016.135.1.102>>.
- SWAFFORD, ANNIE. 'Why Syuzhet Doesn't Work and How We Know', *Anglophile in Academia: Annie Swafford's Blog*, 2015a. <<https://annieswafford.wordpress.com/2015/03/30/whysyuzhet-doesnt-work-and-how-we-know/>>.
- . "Continuing the Syuzhet Discussion", *Anglophile in Academia: Annie Swafford's Blog*, 2015b. <<https://annieswafford.wordpress.com/2015/03/07/continuing-syuzhet/>>.
- TERRAS, MELISSA M., JULIANNE NYHAN, AND EDWARD VANHOUTTE (eds.). *Defining Digital Humanities: A Reader*. Farnham: Ashgate Publishing, 2013.
- UNDERWOOD, TED. *Distant Horizons: Digital Evidence and Literary Change*. Chicago: University of Chicago Press, 2019.
- . *Why Literary Periods Mattered: Historical Contrast and the Prestige of English Studies*. Stanford, CA: Stanford University Press, 2013.
- WEISKOTT, ERIC. "There Is No Such Thing as 'The Digital Humanities'", *The Chronicle of Higher Education*, 1 nov. 2017. <<https://www.chronicle.com/article/There-Is-No-Such-Thing-as/241633>>.
- WEST, DAVID. *Object Thinking*. Redmond, WA: Microsoft Press, 2004.